

—Lo más tarde dentro de cinco ó seis días.

—Poco tiempo es.

—Hay tiempo sobrado para ganar diez batallas.

—Sin duda se podría conseguir... con los fondos necesarios.

—¿Te parece bastante con quinientos luises?

El truhán hizo un gesto lleno de malicia.

—Mejor sería poner mil. El señor barón los gana ó los pierde tranquilamente á una carta.

—Bueno, pues sean mil.

—Al señor barón le consta que la empresa ha de ser costosa

—Sí.

—Y que tiene bastantes dificultades...

—De otro modo no tendría mérito alguno.

—Y que en estos asuntos la justicia puede querer entremeterse...

El barón Isaac se limitó á contestar con un mohín desdenoso acompañado de un encogimiento de hombros.

Después de esta conversación, la fisonomía del barón cambió de aspecto y salió, encontrándose al marqués de Causse de con el que se dirigió al casino.

El Marqués, viendo la cara que sacaban el amo y el criado, pensó:

—¿Qué es lo que pueden maquinara juntos estos dos bribones? Sin duda se trata de la pequeña de Marignac, y este animal

de Próspero es capaz de todo. ¡Tengamos cuidado!

## VI

### Entre compinches

La noche es buena consejera.

Próspero Lagrippe no obraba nunca sin reflexionar.

Después de las confidencias del barón, se puso á pasear entre los pinos, detrás del establecimiento de baños, y trató de poner en orden sus ideas.

Lo consiguió sin gran trabajo.

La delicada comisión de que de improviso se había encargado, era una prueba de la confianza de su amo; pero no estaba exenta de algunas dificultades.

Ciertamente que el normando era hombre de recursos y que no se asustaba por nada; pero pronto hubo de convencerse de que por sí solo no podía llevarla á cabo.

Necesitaba ayudantes, ó mejor dicho cómplices.

Esta era la parte difícil.

Luchón es un país de gentes honradas. A los forasteros, es verdad, tratan de sacarlos el jugo durante la temporada de baños, pero ¡es tan corta!

Además, ¿qué mal hay en tomar un poco del dinero que sobra á las gentes que lo tiran por la ventana?

En Luchón los salteadores de caminos

y los ladrones de profesión son desconocidos.

Esto no quiere decir que no se encuentre alguno de cuando en cuando.

No hay nada más cierto que los antiguos proverbios.

El primero que dijo: «Dios los cria y ellos se juntan», dijo una gran verdad.

Lagrippe era de estos.

En Luchón, durante sus paseos, trabó conocimiento con algunos individuos que no tenían nada que envidiarle.

Duran e la noche, mientras maduraba sus proyectos, se acordó de ellos, y se prometió que va sabría buscarlos.

A las siete de la mañana ya estaba en pie, tranquilo y dispuesto; pasó por las cocinas, donde tomó un buen refrigerio á cuenta del almuerzo, y corriente por algunas horas, se puso en campaña,

Los habitantes de Luchón son madrugadores; ya estaban levantados hacia mucho tiempo:

Vestido con un bonito traje de mañana, gris acero, alegre y satisfecho, con un sombrero claro sobre su cabeza, el amigo Lagrippe, recién afeitado y con el aplomo y seguridad de favorito del riquísimo banquero, desembocó por la avenida de los baños, haciendo resaltar su elevada estatura entre aquellos montañeses secos y huesudos, mirando á todas partes como el sabueso que va olfateando la caza.

No tardó en encontrar lo que buscaba.

Al pie de un enorme tilo, un hombre

como de cuarenta años, flaco y pequeño, oscuro de pelo, de cara y de ropa, de austera fisonomía, contemplaba los paseantes sumido en un profundo aburrimiento.

Su aspecto era el término medio entre el de un guía de Luchón y un arriero aragonés de los que llegan por Benasque y la Maladetta conduciendo frutas y vino.

El normando se fué derecho á él y le tendió la mano, diciendo:

—Hola, Pedro; ¿qué tal andan los negocios?

—¡Psch!

—Y la salud, ¿qué tal?

—La salud va bien, la que está muy floja es la bolsa.

—¿Qué, sigue la mala suerte?

—¡Siempre!

—Sin embargo, la temporada es buena. Luchón está rebosando forasteros.

—No digo que no—gruñó el hombre.—La estación es buena para los demás, para mí no.

La actitud del pobre diablo expresaba una profunda desanimación.

—Mire usted, señor Próspero—prosiguió con una especie de deferencia, porque para él el criado del barón Mosés era un verdadero personaje;—la miseria no es agradable, sobre todo en un sitio como Luchón, donde acude tanta gente á divertirse. El dinero llama al dinero, como el mar á los ríos; si yo tuviera algo, quizás podría salir á flote; pero ¡nada! ¡Estoy sin un ochavo!

Lanzó un suspiro, capaz de enternecer á un canto, y continuó sus lamentaciones:

—Créame usted; estoy ahogado hasta la coronilla, y si me desespero, no es tanto por mí como por una pequeña desgraciada que me ha quedado sin madre.

—¡Ah! ¿Dice usted su hija?

—Sí.

—¿Qué edad tiene?

—Va á cumplir los catorce años; es una compasión verla cómo va, casi desnuda, y yo me pregunto con horror qué he de hacer con ella cuando sea mayor.

—Hombre, no hay que desanimar-se... No hace falta más que una buena ocasión... Venga usted conmigo y tomaremos un vaso de vino, á ver si se anima usted algo... ¿O es que está usted esperando á alguien?

—Lo que yo espero, que es la ocupación, no llega nunca.

Pues vamos, que tengo que decirle un recado... á usted solo.

—¿A mí?

—Sí, se trata de un pequeño servicio que usted me puede prestar... Cada uno tiene sus cavilaciones, amigo mío.

—¡Oh! ¡las de usted!—dijo el español con un suspiro de envidia.

—Venga, venga—dijo el ayuda de cámara—entraremos en un sitio donde se pueda hablar en libertad.

Los dos hombres estaban tan solo á algunos pasos del café Arnativo, que estaba casi vacío.

Mesas y sillas esperaban á los consumidores á lo largo de la fachada bajo un ancho toldo de lona rayada.

El normando y su compañero se sentaron en un rincón, y el primero principió diciendo en alta voz:

—Mozo, dos copas de madera, ¿de lo bueno, hé?

El hombre que hablaba con él, había nacido, según podía comprenderse á primera vista, al otro lado de los Pirineos, en Aragón ó en Cataluña.

Su nombre distaba tanto de ser francés como su fisonomía.

Se llamaba Pedro Arros, y hay que añadir para rendir culto á la verdad, que las gentes de Luchón pronunciaban su nombre con inequívocas señales de desprecio.

Pedro tenía dos defectos capitales; era borracho y perezoso.

Los montañeses no son amigos de las gentes de esta clase.

Los españoles en general son sufridos y trabajadores, pero Arros era una excepción, y esto explica que sus negocios fueran bastante mal.

Tenía un pobre carruaje que alquilaba como tantos otros, que acuden á Luchón durante la temporada de baños, y se vuelven luego á sus pueblos, en la época de la labranza.

El mozo trajo las copas que le habían pedido y se retiró.

Los dos hombres quedaron solos.

—Veamos, Pedro—principió el nor-

mando con tono insinuante.—¿Usted se habrá forjado más de una vez algún bello sueño?

—Me sucede muy amenudo, señor Próspero. Sin ir más léjos, esta misma mañana por ejemplo, al pié del tilo, cuando esperaba usted los parroquianos que no llegan, seguramente pensaba que si cañera de las nubes una bonita suma, llegaría como pedrada en ojo de boticario, que suele decirse.

—Es cierto, pero si esperando eso me pusiera á mirar al cielo, seguramente perdería el tiempo.

Y siguió murmurando entre dientes:

—Por cierto que lo necesito, pero de veras.

—¿Como cuanto necesitaría usted para quedar equilibrado?

—Yo... poca cosa... con siete ú ochocientos francos me vería libre de la miseria.

—¿Y con el doble?

—Entónces podría considerarme rico.

El honrado Lagrippe apoyó sobre su mano la sien derecha, como el hombre que piensa en cosas imposibles.

Petro Arros se decía que sin duda le encontraba exageradamente ambicioso.

Se equivocaba, pues precisamente el normando se decía lo contrario.

—He aquí un hombre que vendería su cabeza por un pedazo de pan—pensaba el normando.—no es madera dispuesta para hacer millones.

—Mil quinientos francos—dijo en alta voz.—es una bonita suma, pero no es imposible encontrarla.

—Lo que es para mí, imposible de todo punto—dijo tristemente Arros.

—¿Y si yo se la proporcionara?

Los ojos del español se agrandaron súbitamente á impulsos de una intensa emoción.

—¿Y usted, á santo de qué iba á ocuparse de mí?—dijo con desaliento.

El astuto normando apoyó sus dos codos sobre la mesa y prosiguió con calor:

—Porque me intereso por usted, Pedro. Mi padre, que murió aún más pobre que usted, era de ese mismo oficio, y cada vez que le veo á usted, me acuerdo de él. El pobre no me dejó ni un ochavo.

—Pues á usted no le sucede lo mismo, y parece que la fortuna le sonríe.

—Pura casualidad... En fin, óigame usted—replicó el ayuda de cámara.—Usted está necesitado, y yo vengo á tenderle los brazos: tengo un pequeño negocio que ofrecerle.

—Un negocio... ¿Cuál?

—No es de los más corrientes, pero en cambio es productivo.

—Veamos.

Y como iban entrando algunos parroquianos poco á poco, el normando hizo seña á su compañero para que se acercara, y prosiguió, bajando la voz:

—Desde luego tengo necesidad del mayor secreto.

—Si es por eso, puede usted hablar— con estó Arros.

—En dos palabras está dicho; se trata de muy poca cosa.

—Diga usted.

—Tengo que hacer una excursión por los alrededores una de estas noches.

—¿Muy lejos?

—Dos ó tres leguas.

—¡Pues si no es más que eso!...

—Como anticipo le entregare á usted quinientos francos.

—¡Ah!—dijo el español con desconfianza.

—Además le prestaré otros mil, de lo que me dará usted un recibo, y me los irá devolviendo cuando pueda.

—¿Pero es posible?

—Es más que posible; es un hecho.

—¡Ah... señor Prospero!... ¡Si hace usted eso, le deberé más que la vida!

—Lo haré—contestó Lagrippe.—Os empeño mi palabra. Únicamente que....

—¿Qué?—repitió el otro con voz temblorosa.

—Que por una hora ó dos, amigo mio—prosiguió el criado tranquilamente—tendrá usted que hacerse cuenta que no tiene ojos ni oídos.

El español respiró con libertad.

—No sabré más que lo que usted quiera que sepa—contestó con precipitación.

—¿No tendrá usted miedo?

—¡Ni lo sospeche usted! Ya le he dicho

á usted que me salva la vida..., y no solo á mí, sino á mi pobre Benedetta.

—Benedetta ha dicho usted?—replicó el ayuda de cámara, que se acordaba de la otra.

—En efecto; mi hija, que se llama así. Por ella, sobre todo, es por lo que tengo miedo al invierno y á las privaciones.

—¿De modo que puedo contar con usted?

—Con seguridad. Además, yo creo que usted no querrá comprometer á un pobre hombre como yo.

—Nada tema; no somos bribones las gentes del barón; y además, ya lo puedo decir: se trata de una cuestión de faldas.

—¡Ah!...

—Sí, una escena convenida de antemano; una joven que quiere aparentar que no cede de buen grado, por si la aventura llega á ser conocida, poder excusarse ante sus parientes. Por eso es tan indispensable el secreto.

—Pues usted mandará.

—Bien; desde ahora queda usted á mi servicio: me esperará usted de día y de noche.

—Dónde?

Lagrippe señaló el tronco contra el que se apoyaba Arros un momento antes, y dijo:

—Aquí.

—Bien.

El normando sacó del bolsillo tres lises que puso en las manos de Arros y dijo:

—Todas las mañanas, hasta que el asunto esté terminado nos veremos y le diré lo que se ha de hacer durante el día.

La conferencia había terminado; los dos hombres abandonaron juntos el café satisfechos el uno del otro.

El robusto criado se retiró por la avenida de la Pique, escuchando aquel murmullo de admiración que al solo nombre de su amo se producía en todas partes, destacándose entre estremecimientos de codicia las dos sílabas de aquel nombre mágico:

¡Mosés! ¡Mosés!

Este nombre flotaba en la atmósfera y no cesó de vibrar hasta que el ayuda de cámara desapareció de las miradas del público detrás de la estatua de Etigny, orgullo de los Luchonenses.

Pedro Arros, con el alma henchida de alegría por la avalancha de prosperidades que se le venía encima, empezaba á cumplir su consigna.

Se quedó en espera, apoyándose en su tilo.

## VII

### Odio á muerte.

El marqués Huberto de Caussédé era el colmo de la delicadeza y la distinción.

Además sabía ser franco cuando le convenía.

Los Caussédé gozaban de general esti-

mación en el Bearn y era cosa de todos sabida que nunca habían hecho traición á sus amigos.

Ahora bien, Caussédé era el íntimo, el indispensable del joven barón Jacobo Mosés, y algunas de sus palabras referentes á este camarada de su juventud necesitan explicación, así como también debe explicarse la amistad de un gentil-hombre de buena cepa con aquellos aventureros de alto vuelo.

Ya se habrá podido comprender, que el marqués de Caussédé, estaba muy lejos de experimentar por su compañero, los sentimientos de que hacía gala.

En efecto; si alguna vez un hombre, llamándose amigo de otro, casi su hermano, sentándose constantemente á su mesa y viviendo con él en la mayor intimidad, ha podido ser su mayor enemigo, este hombre era el marqués de Caussédé.

Diremos primero donde había nacido la amistad y luego el odio disimulado del bearnés.

La amistad databa de quince años.

El barón Isaac Mosés, que ya entonces era inmensamente rico, gracias á sus poco delicadas especulaciones financieras, habitaba un vasto hotel por el centro de la calle de Ecuries-d'Artois.

Las incidencias de vecindad le pusieron en relaciones con Caussédé, que habitaba en compañía de su madre, viuda, una modesta casa contigua al hotel Mosés.